



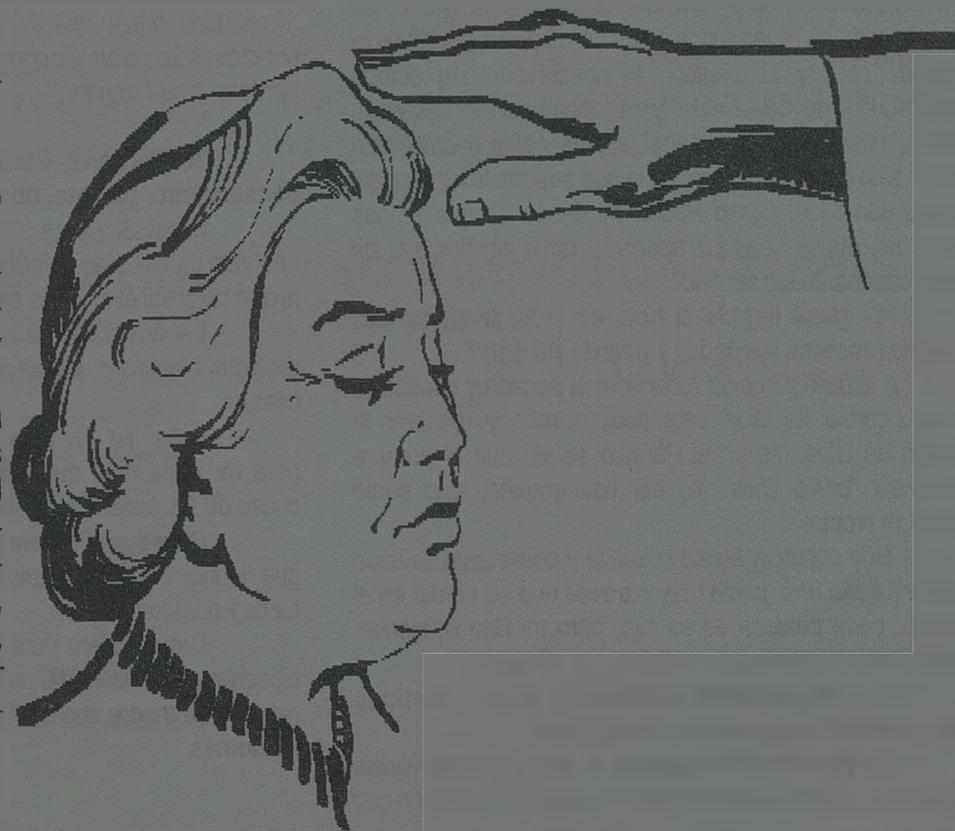
A LOS MAYORES EN EDAD Y SABIDURÍA

“HABLO A LOS DE MI EDAD, CON ANALOGÍA EN MI EXPERIENCIA. (RESUMEN DE LA CARTA DEL PAPA J. PABLO A LOS ANCIANOS 1999 (II))

En el pasado se tenía un gran respeto por los ancianos. A este propósito, el poeta latino Ovidio escribía: "En un tiempo, había una gran reverencia por la cabeza canosa". Siglos antes, el poeta griego Focílides amonestaba: "Respetar el cabello blanco: ten con el anciano sabio la misma consideración que tienes con tu padre".

Si nos detenemos a analizar la situación actual, constatamos cómo, en algunos pueblos, la ancianidad es tenida en gran estima y aprecio; en otros, sin embargo, lo es mucho menos a causa de una mentalidad que pone en primer término la utilidad inmediata y la productividad del hombre. A causa de esta actitud, la llamada tercera o cuarta edad es frecuentemente infravalorada, y los ancianos mismos se sienten inducidos a preguntarse si su existencia es todavía útil. Se llega incluso a proponer con creciente insistencia la eutanasia como solución para las situaciones difíciles. Más allá de las intenciones y de las circunstancias, la eutanasia sigue siendo un acto intrínsecamente malo, una violación de la ley divina, una ofensa a la dignidad de la persona humana.

Los ancianos ayudan a ver los acontecimientos terrenos con más sabiduría, porque las vicisitudes de la vida los han hecho expertos y maduros. Ellos son depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Excluirlos es como rechazar el pasado, en el cual hunde sus raíces el presente, en nombre de una modernidad sin memoria. Los ancianos, gracias a su madura experiencia, están en condiciones de ofrecer a los jóvenes consejos y enseñanzas preciosas.



“Honra a tu padre y a tu madre”

¿Por qué, entonces, no seguir tributando al anciano aquel respeto tan valorado en las sanas tradiciones de muchas culturas en todos los continentes? Para los pueblos del ámbito influenciado por la Biblia la referencia ha sido, a través de los siglos, el mandamiento del Decálogo: "Honra a tu padre y a tu madre", un deber, por lo demás, reconocido universalmente. De su plena y coherente aplicación no ha surgido solamente el amor de los hijos a los padres, sino que también se ha puesto de manifiesto el fuerte vínculo que existe entre las generaciones. Donde el precepto es reconocido y cumplido fielmente, los ancianos saben que no corren peligro de ser considerados un peso inútil y embarazoso. Este mandato divino es el único al que se añade una promesa: "Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar" (Ex 20, 12; cfr. Dt 5, 16) (Continuará...)